

NECROLÓGICA / OBITUARY

Carlos Estepa Díez (1949-2018)

El verano pasado falleció uno de los medievalistas más importantes de las últimas décadas. Los que tuvimos confianza con él sabemos que fue además una gran persona, un gran amigo y un gran intelectual.

Su brillante carrera comenzó como estudiante de la Complutense a finales de los sesenta. Se licenció en 1971. Buscó durante el curso 1971-1972 en tierras alemanas –Munich– complemento a su formación. Alemania sería siempre uno de sus referentes. Carlos era uno de los pocos medievalistas españoles que conocía bien el idioma y el medievalismo de ese país. También se interesó por el ruso, que manejaba y no solo para leer trabajos de historia, sino para recrearse en la literatura clásica rusa, que podía disfrutar en su idioma original.

A su beca alemana le sucedió otra para investigar en su *alma máter*, en 1972-1973. Fue después, hasta 1980, profesor no numerario en la Complutense. Su tesis, *Estructura social de la ciudad de León, Siglos XI-XIII*, leída en 1976 y publicada en 1977, no solo era el más solvente estudio de historia urbana medieval hecho en España hasta entonces, sino que reforzaba al más alto nivel los aires de renovación que estaba impulsando una nueva generación de medievalistas. Era la generación que suele llamarse «del 68» –Martín Rodríguez, García de Cortázar y Valdeón eran sus baluartes– y que alude al momento emblemático –en realidad fueron los años 1966-1971– en que este pequeño grupo de medievalistas, nacidos durante la contienda civil, accedió a las cátedras y estimulaba desde ellas cambios en la profesión. Estos profesores y algunos medievalistas más jóvenes se proponían superar el tipo de historia imperante hasta los años sesenta, que era todavía una historia política positivista y tradicional. Se pretendía sustituirla por una historia de carácter científico, influida entonces por el materialismo histórico y por la Escuela de Annales, que en el caso concreto de la Península consistía en priorizar sobre todo el análisis de las relaciones socioeconómicas y de poder. Carlos formó parte de esa primera línea de renovación historiográfica que triunfó en los años setenta y ochenta.

Después de su tesis Carlos Estepa dedicó los siguientes cuarenta años a hacer lo que su talento y su tesón le permitieron, que fue mucho. Por un lado, alcanzó pronto la cima en el sistema universitario. Tras unos años de profesor adjunto en Barcelona (1980-1981) y de agregado en La Laguna (1981-1982), accedió a la cátedra de Historia Medieval de su ciudad, León, en 1982 y allí permaneció hasta 1990. En sus primeros años de ese nuevo destino fue cuando lo conocí en algunas conferencias que pronunció en Salamanca y en proyectos que dirigió para Castilla y León en los que pudimos integrarnos varios medievalistas todavía en formación. Carlos era ya el prodigioso profesor muy bien formado, que publicaba mucho, que lo conocía todo, que prestigiaba los congresos o actividades en las que participaba y que además empezaba a transmitir su ilusión y su ciencia a sus discípulos de la Universidad de León, hoy todos ellos medievalistas consagrados: Ignacio Álvarez Borge, Cristina Jular Pérez-Alfaro, José María Santamarta Luengos. En 1990 obtuvo una plaza de Profesor de Investigación en el Instituto de Historia del CSIC, donde llegó de la mano de quien le animó a concretar su voluntad de cambiar de aires, Reyna Pastor, que ocupaba un puesto semejante en la institución madrileña. También allí coincidimos en varios proyectos, alguno dirigido por él, durante más de una década. Ese ha sido hasta el final su puesto profesional; en él ha brillado y en él ha estado rodeado de excelentes colegas, sin perder nunca su amistad y relaciones con los amigos que antes había hecho en la Complutense, en las universidades de Castilla y León y en otras partes.

Durante más de cuatro décadas Carlos Estepa fue trezando una carrera como medievalista realmente excepcional. Y no solo por lo abultado de sus publicaciones. La base de datos *Regesta Imperii* registra 134 publicaciones, entre ellas numerosos libros y artículos o investigaciones de gran envergadura. Todos sabemos cómo eran las publicaciones de Carlos: profundas, extensas, llenas de citas, concienzudas, con referencias exhaustivas y sin concesiones a la ligereza divulgativa. Este extremo rigor científico era una seña de identidad de su forma de trabajar. Le ayudaban su constancia, su meticulosidad y su enorme memoria, en su caso sazónada de inteligencia y sentido crítico, la memoria propia de un sabio más que de un erudito.

Desarrolló varias líneas de investigación que han contribuido a elevar el nivel del medievalismo español. Aparte de las temáticas de su tesis, ha realizado estudios específicos sobre varios reinados –prácticamente todos desde Alfonso VI a Pedro I–, sobre momentos concretos y relaciones entre reinos –cuestiones políticas del siglo XII, época de Las Navas–, sobre la frontera, sobre los orígenes de la nobleza altomedieval y sobre otros muchos temas. Podrían destacarse, no obstante, algunas líneas dentro de un muy vasto repertorio de temas como medievalista. Aquellas en las que ha hecho aportaciones originales, sobre las que ha creado nuevas categorías de análisis y de las que hoy día es o el más acreditado especialista o uno de los mayores, cuando menos.

Una es la del feudalismo. La comenzó sistemáticamente en su estudio «Formación y consolidación del feudalismo en Castilla y León», presentado como ponencia en

el congreso *En torno al feudalismo hispánico*, publicado en 1989. En el centenar de páginas de esa ponencia aparecía ya toda una propuesta de análisis de la dinámica del feudalismo y con una categorización nueva a la vez diacrónica y conceptual: «propiedad dominical», «dominio señorial» y «señorío jurisdiccional». Esta categorización, aplicada específicamente al señorío regio, iría desarrollándose y perfilándose aún mejor en posteriores estudios. Otra línea muy ligada a ella era precisamente el estudio pormenorizado de las estructuras territoriales, dominiales y jurisdiccionales del realengo; una línea que comenzó con unos pioneros trabajos de los años ochenta sobre los alfoces regios y que ha continuado hasta sus más recientes propuestas sobre la «extensión del poder regio» en los siglos XIII y XIV, la formación de la corona de Castilla y los problemas de definición del concepto de «señorío del rey». Otra línea, conectada con la anterior, ha sido la fiscalidad en los siglos XII-XIV, desentrañando su conexión con la territorialidad regia. Especial relieve tiene otra gran temática histórica, que le llevó más de una década, que conectaba buena parte de sus otras líneas y que se centraba en una investigación sistemática sobre las behetrías castellanas. Llegó a conocer en profundidad prácticamente el régimen señorial, tributario y relacional de cada una de las más de dos mil cuatrocientas aldeas del célebre *Libro Becerro de las Behetrías*. Los dos volúmenes de *Las behetrías castellanas*, publicados en 2003, constituyen un estudio sin precedentes, una obra extraordinaria que aclara muchas de las claves antes desconocidas sobre una de las formas más complejas de señorío medieval (reseñamos la obra en *Studia Historica*, vols. 20-21, pp. 227-235). Podría destacarse finalmente otra línea en la que las aportaciones de Estepa han sido relevantes: la cuestión del supuesto origen de las Cortes y, más en concreto, a propósito de las polémicas reuniones leonesas de la curia regia de 1188, una cuestión polémica que ya aparecía en un magnífico trabajo de 1988 y que hace poco volvía a plantearse en un reciente congreso en León.

No pueden cerrarse estas líneas sin mencionar algunas cualidades personales, que quizá no todos conocen. Hay que decir que fue poco complaciente con el *establishment* académico cuando este cometió alguna injusticia universitaria, que salió en defensa de medievalistas en apuros y que defendió hasta el final sus ideas científicas, aunque chocara al hacerlo con un entorno hostil. Le ocurrió a veces hasta en su propia ciudad, pero él fue siempre valiente y coherente con sus convicciones. Esta integridad y honestidad profesional le granjearon enemigos. Ninguno, sin embargo, podrá acusarle de ser irrespetuoso en lo personal; en todo caso, tenía adversarios académicos o ideológicos. Por otra parte, Carlos era extraordinariamente afable y buen amigo. Quizá alguien pueda pensar que su carácter era frío y distante. Todo lo contrario. Pese a tener el don de la sabiduría, y ser por tanto una persona racional, era emotivo y cálido, atento y cariñoso, profundamente humano.

José María Monsalvo Antón

